

Don Domingo, el colega

(Homenaje irreverente)

por *Daniel Quiroga*

"Nadie ignora ya que los asuntos musicales pasan por una aguda crisis: la prensa y la Sociedad Bach piden, en los términos más apremiantes, una reorganización radical del establecimiento que el Estado mantiene como único vehículo de la cultura musical".

"Marsyas", mayo de 1927.

Lo anterior se afirma en el primer número de la Revista "Marsyas", órgano de la Sociedad Bach. El tono del artículo, las palabras "apremiante" y "aguda crisis", hacen notar la impaciencia característica en el estilo del redactor, el Director de la Sociedad Bach, por entonces un joven abogado y funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, ex alumno de Enrique Soro en Chile y de Conrado del Campo en España. Se llama Domingo Santa Cruz Wilson, tenía veintiocho años, era hijo de un destacado abogado y político; había adquirido el idioma inglés por la línea materna, el francés en el Colegio de los Padres Franceses, y el latín por su propia inclinación, en clases particulares con el destacado crítico literario Emilio Vaisse.

Don Domingo se encontraba en Chile, de regreso de España, por una de esas decisiones del destino, que le ha tratado a veces con crueldad y otras con mano generosa. Dolor y lucha se asocian en su vida entre los años 1923 y 1930, cuando decidió dar la espalda a la abogacía y la diplomacia, y seguir su vocación musical en Chile. Era una vocación tan fuerte como la que le movía a fundar agrupaciones que dieran forma estable a las ideas del reforma que tanto él como un núcleo de personas de su generación abrigaban respecto de las cosas artísticas del país. Inquietud, afán de apostolado, su propia realización como creador, movieron a don Domingo a reformar la antigua Sociedad Bach, que fundara en 1919 como un organismo musical privado, para transformarla en un cuerpo activo. La Sociedad Bach, ahora con fines públicos, ganó el apoyo de músicos, intelectuales y profesores del Conservatorio, aparte del de los compositores que como Leng, Allende, Cotapos e Isamitt miraban hacia nuevos rumbos. Armando Carvajal sería el músico y joven director de orquesta que daría la base técnica para las nuevas realizaciones. Hoy, a cincuenta años de distancia, podemos ver que esa Sociedad no habría logrado reunir gente venida desde las actividades más diversas, ni habría ganado el reconocimiento público y de las autoridades de entonces, tanto en el Gobierno como en la Universidad, si no hubiera

interpretado, en el terreno musical, lo mismo que en el campo político y social se buscaba en el Chile de los años 1920 a 1930: abrir camino a nuevas formas de organización del país, para encarar adecuadamente un mundo en crisis.

Bajo el afán renovador, la Sociedad Bach y su gente, con su dinámico Director a la cabeza, decidió proyectarse sobre los diversos campos de la vida musical de Santiago en aquel tiempo: los conciertos, las Temporadas Líricas, la Enseñanza Musical en escuelas y liceos, y la producción musical chilena. Sobre esas áreas de actividad musical entregó la Sociedad al público de la época una visión crítica, informada, culta, moderna. Gente de formación universitaria, "viajada y leída", forzosamente logró un impacto favorable en el medio cultural del país. El Conservatorio y su labor salió naturalmente a relucir, y con él algunas de las fallas que efectivamente existían en su orientación. Que conste que, históricamente hablando, la Sociedad Bach procuró desde el primer momento lograr una discusión abierta, de colaboración, frente a las autoridades universitarias o de Gobierno, sobre la necesidad de las reformas propuestas. Una visión reducida, algo de amor propio personal y mucho de rutina, esquivaron el diálogo y el intercambio de opiniones y experiencias. Se dijo que don Domingo encabezaba un grupo de "aficionados ilusos", y hasta se le trató de "abogado" como singular recurso peyorativo. Pero cuando se llegó en el nivel universitario a discutir y votar las reformas al Conservatorio, los representantes del *statu quo* no argumentaron, sino que abandonaron la sala.

Todo lo anterior trata de ubicar en sus líneas gruesas lo que fue aquel período —que no me correspondió conocer de cerca, ya que pertenezco a la generación siguiente—, y en el cual surgió la figura de un profesor universitario, compositor, Decano y finalmente Premio Nacional de Arte, pero también la de un escritor musical, crítico y polemista. Si este número de la *Revista Musical Chilena* festeja los ochenta años de la fecunda vida de Domingo Santa Cruz, quiero referirme aquí a su parte dedicada al periodismo musical, como divulgador de asuntos musicales, a su labor de crítico. No hablo de los estudios musicológicos, que tendrán que estudiarse separadamente, pero me interesa recordar el aspecto periodístico de su vasta labor, porque (y alguna vez tenía que decirlo) leyendo la revista "Aulos" durante los recreos en el Instituto Nacional, sentí despertarse mi deseo de escribir sobre música, de estudiar la historia musical, de hacer crítica periodística. Por eso le llamo, irreverentemente, "colega".

Hay gente que nace con lo que se llama "don de mando". Don Domingo es uno de ellos, y no sólo porque —lo relata en su autobiografía— ya en su

infancia organizaba los juegos de los niños de los inquilinos de Poochay, sino porque siendo colegial en los Padres Franceses tomó la batuta de la "orquesta" estudiantil, en la cual había ingresado como violinista. Después, en la Sociedad Bach, fue director coral y sin duda logró buenos resultados. Pero no tuvo igual fortuna cuando enfrentó una orquesta profesional, cosa que frecuentemente ocurre con los directores corales.

Don Domingo, además de su temprano aprendizaje violinístico y del contacto frecuente con el armonium familiar, manifestó siempre un gran interés por la literatura y la historia. Había una buena biblioteca en su casa de Poochay, y las vacaciones le permitían frecuentar la literatura española y la poesía. Por ello no es de extrañarse que en los Padres Franceses sea de los redactores de la "Revista Escolar" y que llegue a ser uno de sus directivos. Temprano también comenzaron a surgir algunas composiciones poéticas suyas, forma de expresión a la que acudirá más tarde como autor de textos para su propia música.

Sin embargo, el destino quería de él otras cosas. Fue manifestando en don Domingo una personalidad tenaz, batalladora, incisiva, que comenzó a mostrar sus "garras" desde su enfrentamiento con el Padre Ministro en los Padres Franceses, episodio no sólo sabroso, sino indicativo por demás, de su carácter irreductible. Una de sus aficiones literarias fue siempre la poesía española antigua, y sobre todo el Romancero hispano. Cuando más tarde agregue a las antiguas citas hispanas las sentencias latinas, tendremos dos de los detalles distintivos de su personal manera de apoyar argumentaciones. El romancero sirvió también para establecer curiosas comunicaciones *ex cathedra* con su dilecto amigo Carlos Humeres y otros de los "Hermanos Bach", dotados de buen humor y manejo del idioma castellano, pero también con el recordado Rector Juvenal Hernández, con quien solía mantener humorístico intercambio de romances en medio del tráfigo de oficios y reuniones académicas.

Su corta pero intensa estada en Europa le permitió oír mucha música, conocer muchos músicos y leer revistas y libros sobre música. Al volver a Chile "en comisión" al Ministerio de Relaciones, pues era Segundo Secretario de Embajada en España, su labor en la Sociedad Bach como entidad con fines públicos hizo necesario su ingreso a la tribuna periodística. Es claro, no busquemos allí ni poesía ni romance. Eran tiempos de cotidiana brega artística, y nuestro hombre de letras, de leyes y de música debe saber combinar adecuadamente todo este acopio de conocimientos para asegurar la victoria de su causa.

El escritor de estilo incisivo, apremiante, comienza a hacerse notar en los artículos enviados en los diarios, en las notas dirigidas a diferentes agrupaciones y organismos interesados en el movimiento musical. Entretanto,

comenzaban a tomar forma las etapas de la acción pública de la Sociedad Bach. De 1924 a 1925 forma el Coro Mixto, dirigido por don Domingo, cuya máxima realización es la ejecución del "Oratorio de Navidad" de J.S. Bach, en diciembre de 1925. Ese mismo año se promueve una acción para enmendar los rumbos del Teatro Municipal y la contratación, año a año, de compañías extranjeras con un repertorio limitado. En 1926 nace el Conservatorio Bach, que también dirige don Domingo, con cursos teóricos e instrumentales, y finalmente en 1927 se publica el órgano periodístico de la Sociedad, la Revista "Marsyas".

Director de esta publicación es el cultísimo abogado, amigo de la infancia de don Domingo, y fino escritor y crítico musical, Carlos Humeres. El primer número de "Marsyas", cuyo título ya refleja el refinado gusto de Humeres por lo helenístico, señala con claridad los dos enfoques que concurrirían a dar contenido a la nueva publicación: de una parte el aspecto de difusión cultural, en lenguaje dirigido a la discusión de problemas estéticos a nivel elevado, y de otra la acentuada línea polémica, la crítica dirigida a abrir paso, batallando, a los nuevos puntos de vista. Así, en cuidada prosa, Carlos Humeres explica a "Marsyas": "Honremos al sileno que enseñó a los humanos el arte misterioso de modular, en una frágil caña, los cantos inmortales. Su flauta, nacida del limo de la tierra, mezcló su doloroso acento a la lira apolínea, por cuyas cuerdas de oro se ritma la inmensidad serena de los astros"... Otra mano, una mira más terrena, se revela en el artículo "La Sociedad Bach y su obra", que por cierto no necesita firma: "Cuando algunos espíritus entusiastas hablaron por primera vez de constituir en nuestro país una sociedad destinada a renovar por completo nuestro ambiente musical, semejante proyecto no dejó de causar a muchos asombro y escepticismo"... "Las campañas en pro de la honradez de la crítica de arte, de la implantación de la verdadera música religiosa en las iglesias, de la cesación del sistema de monopolio a que estaba sujeto nuestro Teatro Municipal, y por fin la obtención de la ley que reforma por completo nuestra enseñanza musical, ley cuyo cumplimiento se mantiene en suspenso sin razón alguna, honran a la Sociedad Bach como una institución que, de propio derecho, asume un carácter público por el mejoramiento y la dignificación artística de nuestro medio"... "Junto a esta obra de urgente demolición, la Sociedad ha realizado al mismo tiempo una intensa y positiva labor artística, que no encuentra parangón con ninguna iniciativa semejante en nuestro país".

En la misma revista, coincidiendo con esa labor "de urgente demolición", Alberto Spikin escribe acerca de "El porqué del fracaso de la enseñanza musical en Chile", atacando la falta de fundamentación científica en la enseñanza del piano, y el bajo nivel cultural de profesores y alumnos del Conservatorio. En el N° 3 de la revista, bajo el título "Por qué el Conserva-

torio no ha llenado su función cultural”, Domingo Santa Cruz luce el poder de su artillería dialéctica: “Ya ha sido puesto en conocimiento del público, cómo, siendo necesaria desde hace dos años la manifestación de una autoridad representante de los intereses generales del arte, la Sociedad Bach se vio obligada a asumir, por sí sola, este papel esencial del Conservatorio; la dictación del Decreto Ley 707, que pensionó músicos en Europa, el 801, que creó el Consejo de Enseñanza Musical, y la reciente Reforma, instituyendo la Dirección General de Enseñanza Musical, son otras tantas obras cuya iniciativa debió corresponder al Conservatorio y que no acierta uno a explicarse, cuando piensa que ellas lo han tenido como único enemigo. Es por eso que cabe afirmar categóricamente que la actual dirección del Conservatorio carece de la autoridad moral para dirigir actividades que ella misma ha combatido y que se impone como medida indispensable un cambio en las personas que la tienen”.

También, ocasionalmente, el director de la Sociedad Bach firma con la inicial “S.” algún comentario de concierto. Comenta un recital del pianista Brailowsky: “Los conciertos de Brailowsky, sin brillar por la novedad de sus programas, que en general se han mantenido en el campo habitual de los concertistas, constituyen un verdadero refresco musical; hemos vuelto a sentir emociones hondas con los Estudios de Chopin, comprendidos magistralmente por una alma originariamente hermana del músico. . . Nunca nos había aparecido tan claramente la influencia capital de Mussorgsky en el arte contemporáneo como a través de algunas obras suyas ejecutadas por Brailowsky: es ya Debussy, y un Debussy muy bueno”.

También comenta “S.” la reciente edición de obras de Edgard Varese: “al más original de nuestros compositores, Acario Cotapos, le oímos hablar con veneración de su amigo Varese, hombre extraordinariamente dotado que trasplanta a la música, al decir de los críticos, la modernísima vibración de la ciudad de los rascacielos, su residencia habitual”.

Divulgación y polémica, todo en alto nivel, caracterizaron esta publicación musical, que aparte de destacar nuevos nombres en la vida musical del país, dio a conocer obras inéditas de compositores nacionales en suplementos especiales. Artículos, ensayos, crítica de ediciones y conciertos, traducciones y trabajos musicológicos de real importancia, caracterizaron la breve vida de doce números cumplida por “Marsyas”. Fue una excelente revista, no cabe duda, muy adelantada para su época, y el núcleo de sus redactores y colaboradores, encabezados por Humeres, reunía a la vez el refinamiento de un sector de profesionales amantes del arte, y a la agudeza y fuerza ideológica, la habilidad literaria, que se unían para buscar el cambio de los moldes de la vida musical de entonces. Esta era la parte en que don Domingo, “nuestro colega”, comenzó a manejar, a la vez, buen humor y

fastidio, comentario crítico y polémica. En sus escritos se va perfilando cierto número de temas básicos de todo su quehacer, motivos que orientan sus comentarios y que, irreverentemente, denominaría *leit motiv* wagnerianos en el complejo campo periodístico-musical de Domingo Santa Cruz. Por su parte, el escritor-compositor los usa a veces aisladamente, o bien los combina, superponiéndolos o variándolos. A saber:

- a) Implacable disminución de todo adversario que se cruce en el camino de la Sociedad Bach y de su obra;
- b) Censura al repertorio de concertistas y directores, por su desinterés hacia la música contemporánea;
- c) Ridiculización de la ópera italiana y censura a las temporadas líricas del Teatro Municipal, subvencionadas por el Fisco o la Municipalidad;
- d) El factor negativo que representa la comercialización de la vida musical, sea por las empresas de conciertos, las editoras, el cobro de derecho de ejecución, etc.;
- e) Apoyo a la edición y divulgación de la música de autores nacionales. Dignificación de la enseñanza musical escolar.

En estos comentarios a la labor periodística de Domingo Santa Cruz, declaradamente irreverentes, destacaremos algunos de sus característicos modos de elaboración a base de aquellos *leit motiv*.

Si bien "Marsyas" fue una elevada arma de la nueva ideología musical, el verdadero acento polémico y crítico de Santa Cruz está en la revista "Aulos", que editó él mismo, junto a María Alduante, y que representó casi enteramente su pensamiento, por cuanto ya no contaba con el temperado apoyo de Carlos Humeres a su labor. Veamos:

Con el título "El más grave problema de la cultura musical de Chile: la enseñanza en escuelas y colegios", he aquí cómo describe una situación que todavía perdura: "Fuera de uno que otro profesor aislado, que por su sola iniciativa y a menudo por sus solos medios interesa a los alumnos con algo más que la banal preparación del 'numerito' que exige el director del establecimiento para la velada que es necesario amenizar con el aliño bien discutible de algún bailable arrabalero, la clase que debería preparar la comprensión del futuro público de conciertos, es la fiesta oficial del chiste, el campo en que se ensayan las nuevas formas de aeronavegación de las palomitas de papel, la puntería de los trozos de tiza; la clase se realiza como por obligación, en la peor sala y el profesor de música es el pariente pobre entre los colegas docentes".

Con su inicial "S.", reservada para ciertos comentarios, glosa la Temporada Lírica anual, calificándola de "vetusta"; pide que la Temporada refleje toda la música dramática, y califica de "inmoral" toda subvención que no vaya dirigida a ese objetivo. "Ese peso es un peso para los que comemos

el pan de Chile, y sólo un centavo para el divo orgulloso que viene a 'hacer la América'. A ese divo ya no se le necesita, tal como no necesitamos a Braiowsky para oír obras de piano ni a Futwaengler para escuchar buenas audiciones sinfónicas".

Para mal de sus pecados, un grupo de músicos que formaban una Sociedad de Compositores de Chile y que habían resistido, con armas muy endebles, el avance de la Sociedad Bach y de sus mentores, lanzó un panfleto con el título "La Sociedad de Compositores acusa", para comentar a su manera la marcha de los acontecimientos. La artillería Santa Cruz dejó oír su estampido: "Grosero en su lenguaje, redactado en un mal vizcaíno que ignora lo elemental de la gramática, torpe e inculto en sus calumniosas aseveraciones, el pasquín nos muestra que no andábamos errados cuando afirmábamos que la Soc. de Compositores Chilenos carecía de vergüenza".

Ya veremos que, en años posteriores, se volverán a cruzar los fuegos entre aquella Sociedad, que salía a la luz pública solamente para publicar remitidos y editar folletos, y el ya Decano, que no temía descender a la vía pública para defender su ideario.

Es claro, "Aulos" salió a la luz en los años 1932 a 1934, años muy difíciles en el campo económico internacional y nacional. No pudo ser regular su aparición y terminó su acción. El impacto de sus comentarios raspaba la piel de los afectados, y no siempre eran músicos chilenos los que servían de blanco. A veces eran otros. Comentando un recital de Rosita Renard, "S." escribe: "Los conciertos de Chopin habrían sin duda acabado por desaparecer si de vez en cuando no cayeran en manos tan inteligentes..." Y en otra oportunidad: "El Concierto para piano y orquesta de Tchaikowsky, cosmopolita y dulzón, como casi todo lo que este popular autor nos ha legado".

También en "Aulos" se publicó un largo artículo: "La Sociedad Bach y su misión histórica", en que, periodísticamente hablando, hay un acierto indudable en la forma de expresar la idea matriz: "El antiguo Conservatorio, que tenía ligada su existencia no al movimiento artístico del país, sino al mantenimiento de un determinado nivel musical, cayó como Jericó con solo oír a su alrededor sonar las obras de Palestrina y de Bach, con sólo ver que la música del siglo XX no era conceptuada entre los 'aficionados' con el epíteto de 'tanteo' con que se le distinguía en los cursos de aquel tiempo".

También se toca el tema de los compositores nacionales en otro comentario de "Aulos": "Otro mundo se ha abierto desde 1928, en que por primera vez se incorporaron a los programas de estudio de música las obras de los chilenos y en que una difusión bien entendida de su mejor producción ha generado ya un buen número de obras".

Finalmente, una cita de "Aulos", en que los *leit motiv* se reúnen en interesante combinación: "Los Conciertos y su finalidad musical"... "En América, y en especial en Chile, el problema es particularmente agudo. Fuera de la actividad de la ANCS (Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos), cuyos programas son ideados con plena conciencia de los aludidos factores, y que preferiríamos mejor apoyados por las autoridades para que pudieran ser más resueltamente musicales, hay todavía pocos conciertos en los que se puede ir simplemente a oír música, a oír las obras y no los individuos, a escuchar un programa hecho con arreglo a un criterio estético y no obedeciendo a esa abominable rutina de 'menús' musicales, en los que Bach es un verdadero plato frío, Beethoven la sopa y Liszt el postre hinchado de hojarasca hueca"... "Hay mucha, muchísima música que debe hacerse conocer, tanto francesa como italiana, alemana, inglesa, rusa y chilena, que los artistas ejecutan de mala gana, so pretexto de dificultad (la misma dificultad que en un autor alemán, por ejemplo, sería objeto de interés en el estudio)".

Domingo Santa Cruz, terminado "Aulos", siguió colaborando en la "Revista de Arte", publicación dirigida por Carlos Humeres, y dedicada fundamentalmente a las artes plásticas. Su firma "S." aparece esporádicamente en comentarios musicales, en los también esporádicos números de la publicación.

La marcha de los acontecimientos nos obliga a saltar a la fundamental contribución que don Domingo, como Decano de Bellas Artes y Director del Instituto de Extensión Musical, haría al desarrollo de la difusión de la vida musical chilena y de los estudios musicológicos, al fundar la *Revista Musical Chilena*, en 1945. Dirigida por Vicente Salas Viu, apareció la revista con un editorial "Nuestro propósito", en que escribe: "En Chile, por razones que otros estudiarán, hemos dado preferencia a la organización de una vida musical activa sobre las investigaciones y los estudios críticos. Sin embargo, es hora ya de que esta labor, complementaria de la que llevamos realizada y para la que nuestra cultura musical está madura, comience a cumplirse de una manera regular y continua".

Ese editorial, sin firma, será uno de los cuarenta y cuatro editoriales que escribirá don Domingo para la Revista, al dar el tono o la dirección en que se moverían los asuntos musicales de la Universidad de Chile. Junto a esos editoriales hay que anotar veintiocho artículos sobre materias determinadas, recuerdos históricos, reseñas de libros y obras musicales, etc. No debe olvidarse que don Domingo fue también un laborioso compositor durante todo el lapso en que tuvo a su cargo el Decanato de Bellas Artes y de Música; que fue Profesor del Conservatorio, miembro del Consejo Universitario, Vicerrector de la Universidad, y que toda esa actividad oficial debió dejarle

tiempo para escribir en la forma abundante en que lo ha hecho y lo hace hasta hoy. (Recientemente ha finalizado sus Memorias "Mi Vida en la Música", en tres volúmenes). En el primer número de la Revista, don Domingo escribe un extenso artículo sobre "La música contemporánea en los conciertos"; algunas de aquellas afirmaciones provocaron animados comentarios. Decía allí: "Los conciertos, encerrados en una función preferentemente histórica, con un público que se ha hecho especialista en ella, se mueven en un radio limitadísimo de posibilidades, están condicionados por factores económicos y empequeñecidos en su objetivo hasta por el elemento humano, que necesita lucir aptitudes, dentro del marco de las obras que los ejecutantes y directores saben que tiene mayor cosecha de aplausos y ovaciones". (Diremos que es curiosa la elaboración de dos de los *leit motiv* de 1927) ... "El punto de vista de los compositores es profundamente respetable: ellos representan la vida, en ellos se resume la potencia creadora de nuestra época y, en el futuro, es acerca de ellos y de sus obras que tratará principalmente la historia musical. Es decir, constituyen, en términos evangélicos, la 'sal del mundo' musical"... "El pasado llena en demasía la actividad musical y la preocupación de las sociedades y organismos de conciertos; ningún pasado artístico, sea plástico o literario, está haciéndose recordar en todo instante con la fuerza y la vitalidad como el de la música; ningún artista, fuera del músico, se ve obligado a producir frente a frente y en competencia activa con los grandes genios que él mismo venera"... "Pero el público, en verdad, no desea ser sacado de su rutina, y en gran parte ha perdido la curiosidad musical y la capacidad de escuchar música con sensibilidad e inteligencia a la vez".

Ahora, a más de treinta años de distancia, es posible advertir que, no obstante los ácidos comentarios que despertó aquel artículo, lo que en verdad había tras de aquellas afirmaciones aparentemente jactanciosas era el propósito de abrir camino a dos realizaciones de su período: los Festivales de Música Chilena y los Premios por Obras Musicales, que promovieron en su tiempo, entre 1948 y 1958, un notable desarrollo e interés por la composición en Chile, conformando una organización de fomento musical verdaderamente sin precedentes en América.

Alejado ya del Decanato, don Domingo escribe para la *Revista Musical* un extenso trabajo con el título "Nuestra Posición en el Mundo Contemporáneo de la Música". El articulista resume sus experiencias recogidas en los centros musicales de Europa y Estados Unidos, que visitó como miembro del Consejo Internacional de la Música (UNESCO). Los siguientes párrafos de este trabajo, en realidad un discurso de incorporación como Miembro Honorario de la Facultad de Música, muestran la vitalidad con que se manifiestan los llamados *leit motiv* de 1927: "Hay otra consecuencia de la

expansión social (de la música), que es hoy día más grave que todas, y que ha penetrado hasta los aspectos más íntimos de la música y no para enaltecerla: el comercio. En el mundo industrial y técnico que vivimos, nuestro arte, por desgracia, da materia para grandes empresas, para negocios descomunales, para consorcios internacionales poderosísimos... Veremos hasta dónde nos amenaza y nos limita el tejido omnipotente de los intereses, para el cual no hay calidad, no hay altura, sólo el craso utilitarismo, cálculo despiadado y cínico desprecio por todo aquello que no 'pague'... Se forma en todo el mundo el 'público de conciertos' y con él, el ceremonial del concierto. Poco a poco los programas que hoy nos parecen rarísimos, de 60 ó 70 años atrás, para no ir más lejos, desembocan en el programa arquetipo de todos los conciertos corrientes de hoy, el que, con ligeras variantes, se oye cada sábado y cada domingo en París, por tres o cuatro orquestas que llenan simultáneamente salas a la misma hora; el mismo que se escucha en Londres, Roma, Munich, Amsterdam, Buenos Aires o Santiago".

Pero estamos en persecución del hombre de prensa, del comentarista crítico y no del ensayista. Del cronista musical y no del musicólogo. Quiera que no, el lector descubrió la identidad de don Domingo en una de sus más graciosas contribuciones periodísticas, los comentarios del "Dr. Gradus", en el semanario "Pro Arte", entre 1948 y 1955.

De nuevo los *leit motiv* se hacen presentes, pero mucho más liviana o cáusticamente, gracias a la brevedad del comentario, en la sección denominada "Contrapunto":

"No hemos podido apartarnos de una sensación angustiada en torno a los conciertos de piano. ¿Son éstos un fenómeno artístico? ¿Se han vuelto un espectáculo deportivo en que los pianistas podrían ser sustituidos por caballitos que corrieran con la sola condición de no salirse de las pistas conocidas, de las distancias internacionalmente establecidas que aquí son las pocas piezas que se repiten incansablemente en los conciertos?... Estos metrajes son la 'Fantasía Impromptu', la 'Aurora', la 'Polonesa en La bemol', los 'Funerales'... El significado que tiene el arte está por encima del placer vulgar que esos pobres hombres transpirando y vestidos de frac proporcionan a un auditorio iniciado en el aperitivo vespertino de las carreras de pianistas. De estos espectáculos viven los grandes comerciantes internacionales de la música, que son los empresarios, corruptores interesados en el arte".

Don Domingo contribuyó a "Pro Arte" con inalterable puntualidad cada semana. Y los que editábamos el periódico podíamos tener dudas de que otra colaboración no llegara, menos la suya, pese a que era Decano y Director del Instituto de Extensión Musical, y de todo lo demás que es bien sabido. Esto mismo era lo que enfurecía a sus opositores cuando descubrían

la identidad del "Dr. Gradus", que solía opinar así: "Teníamos al músico recio ante nosotros (el Director Jean Martinon), para quien la carrera del pupitre no es vanidad ni exhibicionismo, no es tampoco repetición banal de sinfonías y sinfonías archioídas, ni de espectáculos que se presencian para hacer comparaciones... Después de todo, el público, que a veces nos parece detestable, tiene intenciones claras y sabe aplaudir al clown y dar ovaciones para el artista... virtuosos (agentes viajeros de la música rentable) con uno que otro artista verdadero que logra romper la barrera infranqueable de los empresarios".

Poca fortuna tuvieron en ese mismo año los directivos de la Sociedad Nacional de Compositores, que publicaron un ataque enconado contra la vida musical universitaria. Se les vino encima una respuesta del "Dr. Gradus", en el mejor estilo de 1927: "En la vida musical chilena coexisten y se codean gentes de las más diversas etapas, culturas, técnicas e ideologías; personas que normalmente no deberían haber vivido juntas ni haberse conocido... No se pueden entender, porque no hablan el mismo idioma, y lo que para unos es blanco es para los otros negro absoluto... El uno es apenas un aficionado que querría ser tratado como músico hecho y derecho, el otro es un sujeto que necesitaría, para seguir existiendo, que ahora borrásemos a Debussy del mundo musical. Se agrega a veces algún desgraciado que apenas se mueve en el ambiente limitado del puro trabajo manual... A veces todos estos resentidos se reúnen en torno de algo para hacerse oír por junto... Los músicos caemos entonces en tener que defender lo conseguido, y deben recordar dónde estábamos y adónde nos hemos colocado en el concierto general del mundo".

Otra "ráfaga" mereció la misma entidad de Compositores cuando, meses más tarde, dio a conocer una increíble protesta por haberse reelegido a don Juvenal Hernández como Rector de la Universidad de Chile: "La Sociedad de Compositores, que no representa sino a los compositores que, por turno, tienen alguna manifestación de egocentrismo desorbitado, es un ejemplo de lo que puede ser una pobre persona jurídica con inevitable mala suerte... acuerda lo contrario de lo que todos celebran y aplauden".

Y como parece que la ópera no había cambiado mucho, uno de los "Contrapuntos" cayó sobre ella: "El núcleo de aficionados a la ópera no parece hacer exigencia alguna en cuanto a lo que se presenta ni a cómo esta presentación se haga. Lo único, lo esencial, son las voces, los agudos, los calderones, y la posibilidad de comparar lo que canta un determinado artista italiano con lo que se ha oído o se conoce por disco... Público enciviado, mecenas maniáticos de gargantas y más gargantas, subvenciones que se niegan para cosas serias y que aparecen siempre para 'salvar' la Temporada de Fiestas Patrias... ¿Qué pasaría con una ópera en junio? Tendremos

que luchar para romper ese terrible peso de la vulgaridad organizada y explotada sobre la base de millones”.

A todo esto, ¿fue don Domingo crítico musical en algún órgano de prensa no especializado en la música? La curiosidad me llevó a preguntárselo directamente hace poco tiempo:

—En realidad, no. Salvo un par de meses en que, por curiosa circunstancia, don Augusto Ovalle, Director del vespertino “El Imparcial”, me ofreció el cargo de crítico del diario, como consecuencia de haberle llevado una respuesta a los ataques injuriosos de la Sociedad de Compositores. Le pareció a él que tenía buena información sobre asuntos musicales y me ofreció ser crítico. Le acepté, pero duré poco más de un mes.

—¿Y por qué, don Domingo?

—Porque me aburría soberanamente. ¿Qué se puede decir después que un pianista toca la “Apassionata”? ¿Qué se puede decir de Beethoven que ya no se haya dicho? Y hablar de cómo tocó el pianista el Allegro o de cómo salió éste o aquel pasaje, no me ha interesado nunca...”

Bien sabemos los críticos profesionales que, parafraseando a Heráclito, “nunca se escucha dos veces la misma Sonata”, ya que siempre hay diferencias, tanto en la interpretación como en la ejecución. Pero no pidamos a don Domingo un punto de vista de crítico que debe revisar decenas de conciertos cada año. Eso no era para él.

El iba tras un objetivo que era consustancial con su propia vida, con su propósito creador como músico. Y si ha hecho periodismo era sólo en la medida que servía los fines últimos de su causa.

Hablando de él hace años, durante un entreacto en el Municipal, dijo el colega Albrecht Godchsmidt: “Santa Cruz es político”.

Justa la apreciación. Sí, político, ideólogo musical, conductor de gente música y autoridad que hizo llegar la organización musical chilena, apoyada en la Universidad del Estado, al más alto lugar en este siglo. Para llegar a esto se necesitaba cultura, energía y también conocer el medio en que actuaba, tan bien como don Domingo lo conocía gracias a sus vinculaciones familiares, sociales, profesionales y musicales. El jamás ha negado que para subir el status musical de nuestro país el fin justificó muchas veces los medios respecto de sus relaciones con Ministros, Rectores y toda suerte de funcionarios vinculados a la vida cultural. Relaciones en que se llegó al íntimo recuerdo familiar, tanto como al airado golpear sobre un escritorio y hasta a empuñar las manos.

Lo mismo hace escribiendo. Le vemos con buen humor y sátira; con fastidio y agresividad apenas contenida. Incluso, se permite a veces alguna elegancia de estilo, como aquel comentario al sonido de las trompetas en

Re que se oyeron en la Suite de Bach "con su sabor dorado y alegre", resabio del poeta que se rindió ante el luchador polemista.

Estimado "colega": sus ochenta años los celebro como un aniversario vitalizador para quienes crecimos en la música de su período, para quienes aprendimos a mirar la música "desde dentro" en sus clases de análisis, y a no temer decir la verdad, si es que hay una causa justa tras de ella.

Una causa que a Ud., hace cincuenta años, le llamó, por desconocida razón, a cambiar una muelle vida, de esas llamadas "serias", con salones y charlas insustanciales, viajes y ritmo lento, por una existencia apresurada, febril, en que la creación musical y la organización de una Facultad dedicada a la música de Chile absorberían su existir, y en la que amó y sufrió como un hombre corriente, cumpliendo, sin embargo, un designio superior que combinó penas, alegrías y realizaciones.

Por todo esto, por su obra admirable, pero también teñida de sacrificio y de renunciamiento, he querido trazar estas líneas de homenaje al hombre de prensa que Ud. debió ser, impulsado por las circunstancias y como parte de su vida rectilínea.